

guel, hijo de Isabel de Aragón primogénito de los Reyes Católicos. El príncipe llamado a reinar en Iberia, en Africa y en América, muere en los brazos de la acoñojada abuela, a los dos años de edad. Y hereda la corona doña Juana la Loca, para transmitirla a su hijo Carlos. El rumbo de la política de España cambia. En lugar de un porvenir hispano-portugués y marroquí-indiano, Carlos de Gante tiene que dar frente a los problemas de Europa. La piel de toro se incorpora a la unidad de un Continente al que, por su naturaleza y su Destino, parecía ajena. Ello la engrandece y la arruina, como todas las cosas que no están conformes con la Geografía y la Geopolítica.

\* \* \*

Las guerras de Italia, empresa de Aragón, se hicieron empresa nacional al terminar el siglo xv, lo mismo que se había hecho española la de Granada. La Monarquía dual se iba haciendo unitario en todas direcciones. Puesto a enmendar yerros y corregir flaquezas de sus antecesores en los tronos, Fernando V logró la devolución a la Corona aragonesa de los territorios del Rosellón y la Cerdeña, enajenados por su padre Juan II en un momento de flaqueo de la voluntad. Fernando V y Carlos VIII de Francia jugaban de zorro a zorro el ajedrez político. El de Aragón fingía obligarse a no concertar matrimonios de sus hijos con las Casas de Austria, de Nápoles y de la Gran Bretaña, cuando su pensamiento cubileteaba las coyundas que pronto habría de realizar, y a no prestar ayuda a ningún enemigo de Francia (que no fuese él mismo, naturalmente, a quien ayudarían todos los enredados en su juego astuto). Mientras, el francés se reservaba el derecho —no estipulado en el Tratado de Barcelona de 1493— de interpretar a su capricho la vieja cuestión napolitana. El reino de Nápoles estaba en las manos de los descendientes bastardos de Alfonso V de Aragón y enfeudado al

Papa. Carlos VIII de Francia iniciaba la línea de la grandeza francesa basada en el más cíñico incumplimiento de los pactos y en lo alcatorio de las alianzas. Con esta norma, invadió Nápoles, destronó a su Rey y ciñó la corona en febrero de 1495. Fernando, cauto para no poner el grito en el cielo —lo que hubiera sido extremo desenfado, ya que él sabía bastante de reservas mentales para cumplir lo que firmaba—, lo puso en su representante en la tierra, que a la sazón era Alejandro VI, nacido español: Rodrigo de Borja. A Roma afectaba mucho la pérdida del deudo napolitano, y su diplomacia, unida a la de Fernando, montó una alianza que se llamó Liga Santa, donde entraron el Emperador de Alemania, el Duque de Milán y la República de Venecia, amén —como es lógico— del pobre Ferrante II de Nápoles. Francia contaba con algunos significados «quinta columnistas» en Italia, y aliada con ellos se enfrentaba a la heterogénea Liga formada por el Papa, el Emperador, un Rey en pleno poderío, un Rey fantoche, un Duque megalómano, una República de artistas y mercaderes de todas clases... y el Gran Capitán don Gonzalo de Córdoba, ceñido aún de frescos laureles granadinos y que sumaba quizás más que nadie en la balanza militar. La guerra tuvo dos etapas, ambas victoriosas para las armas españolas. Las armas españolas, pues fueron tropas y capitanes de Castilla y de Aragón quienes combatieron. Los santos coaligados contribuyeron con bendiciones, dinero e intrigas, sin aportación de sangre y heroísmo. La primera campaña finalizó diplomáticamente. Aprovechando la muerte de los dos Reyes napolitanos —el destronado Ferrante y el usurpador Carlos de Francia—, Fernando V y Luis XII, nuevo monarca de Francia, pactaron un Tratado secreto en Granada, al que pusieron su visto bueno el Vaticano y la Sérénísima veneciana. El Tratado establecía el reparto amigable de Nápoles entre Aragón y Francia, sin preocuparse para nada del sucesor de Ferrante II.